

Violencias contra las mujeres en conflictos internacionales

Gervasio
Sánchez

UNED
Calatayud

12 enero
–
19 febrero



Violencias contra las mujeres en conflictos internacionales

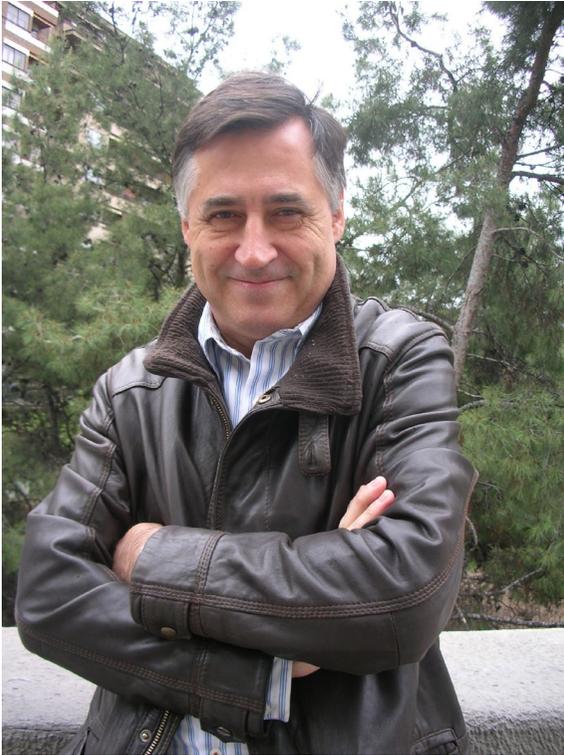
Gervasio
Sánchez

Las mujeres y niñas sufren una grave desigualdad a lo largo y ancho del planeta, desigualdad que se agrava en situaciones de conflicto armado. Las guerras dejan a las mujeres en una situación muy vulnerable ante la pobreza y el acceso a los recursos económicos. Los servicios básicos de salud y de atención materno infantil se desmoronan, la violación es utilizada como arma y agresión entre contendientes y la violencia de género, la trata de seres humanos y el matrimonio infantil se exacerban durante el conflicto. Al mismo tiempo, casi la mitad de las personas desplazadas por la violencia en el mundo son mujeres y a menudo atraviesan mayores dificultades por motivo de género en estas situaciones.

Las fotografías de Gervasio Sánchez reivindican las historias de las víctimas civiles en las guerras y demuestran que los conflictos no acaban cuando éstas finalizan. Esta exposición se centra en 40 de estas historias inacabadas, historias importantes que relatan los patrones de violencia que viven las mujeres en conflictos armados, historias que ponen de relieve que la consecución de la paz y el fin de la violencia pasa necesariamente por aplicar perspectiva de género en la búsqueda de soluciones a los conflictos internacionales y por la igualdad entre mujeres y hombres.

Presentación

Gervasio Sánchez



Fotografía de Diego Sánchez

Biografía

Nacido en Córdoba en agosto de 1959, Gervasio Sánchez es periodista desde 1984 y vive en Zaragoza desde hace 33 años. Sus trabajos se publican en Heraldo de Aragón, colabora con la Cadena Ser y la BBC y dirige desde el 2001 el Seminario de Fotografía y Periodismo de Albarracín.

Es autor de más de una docena de libros fotográficos: El Cerco de Sarajevo (1995) y los publicados por la editorial Blume Vidas Minadas (1997, 2002 y 2007), Kosovo, crónica de la deportación (1999), Niños de la guerra (2000), La Caravana de la muerte. Las víctimas de Pinochet (2002), Latidos del Tiempo (2004), junto al escultor y artista plástico Ricardo Calero, Sierra Leona, guerra y paz (2005) y Sarajevo, 1992-2008 (2009), Desaparecidos (2011), Antología (2012) y Mujeres de Afganistán (2014) junto a la periodista Mònica Bernabé, Vida (2016)

Coordinó en 2001 junto a Manuel Leguineche el libro Los ojos de la guerra (Homenaje a Miguel Gil) y en 2004 publicó el libro literario Salvar a los niños soldados.

Recibió los premios de las Asociaciones de Prensa de Aragón, Almería y Córdoba, los premios Cirilo Rodríguez, Derechos Humanos, Ortega y Gasset, dos veces el Rey de España, Julio Anguita Parrado, Bartolome Ros, Jaime Brunet, Gernika por la Paz y la Reconciliación, José María Portell, José Antonio Labordeta y en 2009 se le concedió el Premio Nacional de Fotografía. Es enviado especial por la paz de la UNESCO desde 1998. En 2004 el gobierno de Aragón le entregó la Medalla al Mérito Profesional y en 2011 el gobierno de España le concedió la Gran Cruz de la Orden Civil de la Solidaridad Social. Es hijo adoptivo de Zaragoza y miembro de honor de la Asociación de fotógrafos de Córdoba (AFOCO)

Fotografías

Freetown (Sierra Leona),
enero de 2001

Mariatu Kamara, de 15 años, sufrió la amputación en 1999 de sus dos manos durante la guerra de Sierra Leona. Cortar manos, piernas, orejas o lenguas se convirtió en una práctica habitual de la guerrilla. Daba igual la edad. Algunas víctimas tenían meses. Mariatu tuvo que vivir durante años en un centro especial para amputados en Aberdeen, un barrio de Freetown, la capital sierraleonesa. Allí tuvo su primer hijo que murió al poco de nacer.



Kabul (Afganistán),
agosto de 1996

Una mujer descansa en un hospital después de haber perdido la pierna por una explosión de una mina antipersona. Fabricadas para herir o mutilar, estos artefactos, soldados ocultos que no comen ni beben pero que siempre están dispuestos a producir nuevas víctimas, desoyen cualquier plan de paz o armisticio y continúan sesgando vidas años y décadas después de finalizar un conflicto armado. Afganistán es el país con más accidentes del mundo. Lleva cuarenta años en guerra desde que los soviéticos atravesaron sus fronteras en diciembre de 1979. En las diferentes etapas violentas se han utilizado minas antipersonas y todavía hoy en 2019 se producen heridos por minas sembradas en los años ochenta y los noventa. El Comité de la Cruz Roja Internacional tiene siete centros ortopédicos abiertos en este país asiático. Entre las 12.000 víctimas que atienden anualmente, hay centenares de nuevos amputados por explosiones de minas.



Santiago (Chile),
marzo de 2.000

Ana González, madre de Luis Emilio Recabarren y Manuel Recabarren, de 29 y 23 años respectivamente; esposa de Manuel Recabarren, de 50 años, y suegra de Nalvia Mena, de 21 años. Los cuatro desaparecieron en Chile durante la dictadura de Pinochet entre los días 29 y 30 de abril de 1976. Nalvia era madre de un niño de un año y se encontraba embarazada de tres meses cuando se produjo su secuestro. En la fotografía Ana González muestra el pelo de Nalvia que guarda en un sobre cerrado desde que se cortó su larga cabellera tres meses antes de desaparecer. Es lo único que queda de ella. Ana González murió el 26 de octubre de 2018 sin tener noticias del paradero de sus familiares.



Sarajevo (Bosnia-Herzegovina),
setiembre de 1993

Una madre y su hija cargadas de bidones de agua que han llenado en una fuente pública observan el traslado al depósito de cadáveres de una persona víctima de un bombardeo. La vida, anclada en la más pura supervivencia, se cruza con la muerte en una calle de Sarajevo durante su brutal cerco que duró tres años y medio. Este tipo de escenas eran muy cotidianas y diezmaban la capacidad de resistencia de los ciudadanos que vivían sin agua, luz y calefacción. Los sitiadores, armados con artillería pesada y sólidamente pertrechados en las colinas que rodeaban la capital bosnia y en algunos de sus barrios, sometieron a un infierno diario a los centenares de miles de ciudadanos. Los cementerios crecían cada día por culpa de un espantoso e inútil goteo de muerte.



Ciudad de Guatemala,
febrero de 1992



Eusebia Arroche, alias “La Seca”, es una niña prostituta de 12 años que ha pasado una gran parte de su vida en la calle. Decidió irse de casa harta de abusos sexuales a los que era sometida por un padre y unos hermanos sin escrúpulos. Ganaba tres veces más de lo que cuesta un servicio normal. Por ser niña recibía un mejor pago. La ausencia de educación sexual aumentaba el riesgo de embarazos prematuros. Ninguna ONG consiguió integrar a Eusebia en un programa de descajejización. A lo máximo que consintió fue a pasar una revisión

médica. El responsable del servicio de sanidad ambulante de una de las ONG aseguraba que nunca ha visto un cuadro infeccioso por transmisión sexual como el que presentaba esta niña. De las 52 menores de 18 años entrevistadas por la organización Child Hope en 1992, el 55% admitió haber estado embarazada por lo menos una vez. De ellas, ocho abortaron y trece dieron a luz. De las niñas que abortaron, dos lo hicieron en la calle, tres en pensiones de mala muerte, dos en casa y sólo una de ellas en un centro hospitalario.

Erbil (Kurdistán iraquí),
abril de 2006



Haurin Khader, de 15 años, es curada de sus heridas en el hospital Emergency de Erbil, capital de la Región Autónoma del Kurdistan de Iraq. Su cuerpo es una llaga enrojecida de carne implantada y chamuscada desde que se intentara suicidar a lo bonzo en su pequeña aldea. El amor fue la causa que destruyó su cuerpo y puso en entredicho su futuro. Cometió la osadía de enamorarse de Arcan, un primo de su misma edad, cuando sus padres ya habían pactado su matrimonio con un familiar lejano, mucho mayor que ella. Haurin es una de las escasas víctimas que da detalles sobre su suicidio frustrado. En el 90% de los casos los familiares utilizan la tapadera del accidente doméstico o del descuido para justificar el suicidio. “Me había

comprometido con mi primo en secreto y se lo estaba contando a una amiga cuando entró mi hermano Barzan y me obligó a interrumpir la conversación. Venía con la intención de matarme. Me tendió una lata de queroseno, me ordenó que me la vaciase por encima de mi cuerpo y encendiese una cerilla”, cuenta la adolescente. La joven cumplió la orden, pero antes amenazó con una sorprendente valentía: “Me voy a suicidar pero voy a decirles a las autoridades que tú eres el culpable”. Su cuerpo quedó envuelto en llamas ante la pasividad de su hermano. La familia la mantuvo en casa durante dos días envuelta en emplastos de plantas y barro. Ante la gravedad de las heridas no les quedó más remedio que llevarla al hospital.

Cajamarca (Perú),
mayo de 1991



Dos mujeres víctimas del cólera se recuperan en un centro médico del altiplano peruano. Iniciada en la costa y provocando estragos en algunas regiones andinas, la epidemia de cólera que sufrió Perú en los primeros meses de 1991 provocó miles de víctimas mortales y obligó a hospitalizarse a decenas de miles de peruanos. En la costa la bacteria llegó a afectar a 800 personas diarias, pero el número de muertos fue menor porque los hospitales estaban muy cerca de los infectados. En cambio, en Cajamarca, la epidemia afectó a las comunida-

des indígenas de la sierra, separadas por grandes distancias de los centros urbanos. El cólera es una afección intestinal aguda que se presenta bruscamente con vómitos, diarreas, calambres estomacales, deshidratación rápida, acidosis y colapso circulatorio. Por muy grave que una persona llegue al hospital puede recuperar la normalidad en varias horas al ser tratado con suero intravenoso y sales de rehidratación oral. Pero una vez contraída la bacteria una persona puede morir en apenas seis horas si no recibe el tratamiento adecuado.

Tegucigalpa (Honduras),
enero de 1999

Una niña víctima del huracán Mitch a su paso por Centroamérica se peina en un centro de damnificados de Tegucigalpa, la capital de Honduras. La naturaleza nunca ha tenido piedad del istmo centroamericano. Cada pocos años un nuevo terremoto o un huracán provocan una catástrofe humanitaria. Durante las interminables guerras civiles varios países fueron afectados por terremotos. Los combatientes tuvieron que parar la guerra temporalmente para rescatar a las decenas de miles de muertos entre los escombros. Los vaivenes de la tierra llegaron a provocar más muertos que las propias guerras. El Mitch destruyó gran parte de cultivos, las infraestructuras y la industria. Cerca de 10.000 muertos y otros tantos desaparecidos y hasta tres millones de damnificados fueron las cifras de aquella tragedia, además de inmensos daños en viviendas, cosechas y pérdidas económicas difíciles de cuantificar.



Organiza
Instituto Aragonés de la Mujer

Colabora
UNED Calatayud

Comisariado
Gervasio Sánchez

Montaje y transporte
Enmarcaciones Robert

Diseño gráfico y expositivo
12caracteres

Seguro
AON Gil y Carvajal

Contacto
Gervasio Sánchez
gsanchez@heraldo.es

